

LA JOYA DE LAS MONTAÑAS

COMEDIA FAMOSA

Y VERDADERA HISTORIA DE SANTA OROSIA

DEL MAESTRO TIRSO DE MÓLINA

PERSONAS

EL REY DE ARAGÓN.
FORTUNIO GARCÉS, *príncipe*.
EL CONDE DE AZNAR.
MOSQUETE, *gracioso*.
LEONOR, *dama*.
LAURA, *criada*.
UN ÁNGEL.

EUROSIA, *princesa de Bohemia*.
CORNELIO, *príncipe*.
ARCISCLO, *obispo*.
BODOQUE, *lacayo*.
ATANAE, *capitán moro*.
TARIFE, *moro*.
MECOT, *moro*.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Salen EUROSIA y BODOQUE.

BODOQUE. Yo lo pensaré despacio.
EUROSIA. Tu desatención me admira.
¿No basta que yo te ruego?
BODOQUE. Sí, señora; mas, ¡por vida de Bodoque! que á cualquiera que tiene ley conocida, no pasando á mejorar, el mudar le hará cosquillas.
EUROSIA. El mejorar en la ley es verdad bien clara y limpia, y pues razones no bastan á postrar tu rebeldía, basta ver que todo el pueblo y aun el reino lo confirma, pues que ya desengañada de la ciega idolatría, toda Bohemia promete, con inspiración divina, seguir á Cristo; y tú solo

con tan dañosa porfía quieres resistirte, necio, á tan soberana dicha?
BODOQUE. Ya estuviera convertido si no por aquella lista de los mandamientos.
EUROSIA. ¡Cómo! ¿Tanta gente convertida no te mueve?
BODOQUE. No muy mucho, porque mi abuela decía que de espacio se arrepiente quien se determina aprisa.
EUROSIA. ¿Es posible que no bastan tantas pláticas divinas de Metodio á convertirte?
BODOQUE. Sí, señora; mas las tripas me dicen que no importa seguir aquella doctrina que me obligará á ayunar.
EUROSIA. Esta ley es tan benigna que sólo obliga á quien puede abstenerse algunos días de alimentarse á deshora; y quien con acierto mira las cosas de Dios, bien puede

experimentar debidas abstinencias en la ley para conseguir la dicha de ser amado de Dios.

BODOQUE. Harto bien me solicita; mas agora, muerto de hambre, que no he comido en dos días, ¿cómo quiere que yo crea en ayunos, aunque diga que son buenos, si, al contrario, conozco por mi desdicha que los días que no como no tengo más malos días?

EUROSIA. ¡Qué mal entiendes, Bodoque, de aquella esencia infinita los impulsos soberanos! La gula sólo apadrinas para estorbo á tantas luces de católicas doctrinas. ¿No has oído en el sermón las historias repetidas de tantas dichosas almas que con esta fe divina de la gracia resplandecen, fulgentes rayos de Cintia, en el cielo?

BODOQUE. No me acuerdo.

EUROSIA. ¡Qué neciamente te olvidas!

BODOQUE. ¡Si siempre me da el sermón un sueño tan sin medida! Yo pienso dar en letargo si mucho más me predica.

EUROSIA. ¿A dormir vas al sermón? Tu necedad me lastima.

BODOQUE. Señora: con eso cumplo con lo que el sermón decía, que en latín, si no me engaño, como á quien se lo entendía, me dijo: *dormite jam*, y fué en mi moción tan viva, que me convertí al instante, pues todo el sermón dormía.

EUROSIA. Tus necedades me cansan, y pues tan necio porfías en resistirte á mis ruegos, yo haré que mi padre siga mi parecer y te saque de palacio. *(Aparte.)* ¡Luz divina: no neguéis vuestro esplendor á quien mi amor solicita!

BODOQUE. Ya parece que acá dentro me están convirtiendo aprisa.

EUROSIA. De Dios fio este favor; un poquito te retira, que á solas quiero quedarme.

BODOQUE. Bien está; mas, tripas mías, si á la cocina llegare no tendréis muy mala vida. *(Vase.)*

ESCENA II

Saca EUROSIA un retrato de un crucifijo, que tendrá en el pecho.

EUROSIA. ¡Divina luz de mis ojos: alumbrad los corazones que están haciendo baldones

de vuestra ley; y en despojos de sus vencidos arrojados, con la debida humildad os doy mi virginidad, y con entera afición, alma, vida y corazón, con pureza y castidad!

ESCENA III

Sale BODOQUE corriendo y comiendo un pedazo de carne. — EUROSIA.

BODOQUE. Señora: que viene allí vuestro hermano en compañía del Obispo de Lusacia.

EUROSIA. ¿Qué querrá su señoría? ¡Oh, quién pudiera, Bodoque, diferir esta visita!

BODOQUE. Deben de querer comer, que está á punto la comida.

EUROSIA. ¿Qué es esto? Sucio, asqueroso, ¿carne comes este día?

BODOQUE. Señora: que no la como.

EUROSIA. ¿No sabes que está prohibida por la Iglesia?

BODOQUE. Si, señora; mas acá dentro, en las tripas, tengo un rincón donde guardo esta poca fiambrería para alguna colación.

EUROSIA. ¡Ah, qué necia es tu porfía!

ESCENA IV

Salen ARCISCLO, obispo, y CORNELIO. — Dichos.

ARCISCL. ¡Con qué espíritu y fervor el predicador inclina las almas con santo celo á proseguir la divina carrera de la virtud!

CORNEL. Es Metodio quien aspira á la salvación del alma desterrando idolatrías que en toda Bohemia andaban, y con eso se ejercita á dar en pláticas santas el fruto de su doctrina.

ARCISCL. A la Princesa he de hablar y deseo que reciba con cariño la embajada sola, en vuestra compañía.

CORNEL. El cuarto de Eurosia es éste, y mi hermana la que miran como enojada mis ojos: sin duda estará ofendida de vernos aquí, que pasa en virtud tan fuera mida, que el retiro la recata ó el recato la retira; pero en conociendo, creo, hoy á vuestra señoría, reconocerá dichosa lograr tan buena visita. — ¿Hermana Eurosia?

ARCISCL. ¿Cornelio?

CORNEL. Dios te guarde, hermana mía. Nuestro tío es quien desea, así Dios se lo permita, hablar con los dos de espacio.

EUROSIA. La obediencia solicita corresponder cariñosa en ocasión tan precisa.

BODOQUE. Algún sermoncito habrá; mala la verán mis tripas si esto dura tanto ó cuanto.

ARCISCL. Escucha, hermosa sobrina, que, pues estamos á solas, antes que otra compañía sea de la atención estorbo, deseo darte noticia de algunas cosas que á todos nos han de ser de alegría.

EUROSIA. ¡Ay, señor, válgame el cielo! Nunca mi Dios me permita la menor inobediencia; sólo quisiera este día servir al suelo de alfombra por las plantas que le pisan.

ARCISCL. Estimo vuestra humildad.

EUROSIA. Ser vuestra esclava es gran dicha.

ARCISCL. Esclavitudes hay nobles que ensalzan á los que humillan.

BODOQUE. Esto se anda en cumplimientos, y lleve el diablo sus vidas si el Obispo no anda á caza de alguna sobrada mitra.

ARCISCL. Importa que ese criado se vaya.

BODOQUE. ¡Qué brava risa! ¿Cuánto me dará que vaya y no vuelva acá en mi vida?

CORNEL. Señor: este es un criado que desde su niñez misma ha vivido en el palacio de mi padre y es la risa de toda la corte, y pienso, según acá se imagina, que por ser poco constante en lo poco á que se inclina, y haberse vuelto cristiano, hoy mi hermana solicita tenerle consigo siempre, por lo poco que en él fia.

ARCISCL. Pues quede acá, que no importa; que capacidad sencilla á nadie puede ofender.

BODOQUE. Pues gánome las albricias y me quedo. ¡Ah, señoral, jiré á avisar á Llocinda que haga algún guisado nuevo?

EUROSIA. En comida ó en bebida es todo tu anhelo siempre. ¿No es mejor oír la misa, acudir pronto al sermón, pegarse una disciplina, tener continua oración, ayunar algunos días y servir á Dios gustoso con la conciencia muy limpia?

BODOQUE. Todo aqueso lo concedo; por señal que el otro día el cura me prometió

decirme treinta y tres misas y treinta y cinco sermones.

EUROSIA. ¿Por qué?

BODOQUE. Porque el otro día, estándose espeluznando, y hay quien dice tiene tiña porque está todo pelado, pasó una ave de rapiña, y con furioso ademán le quitó la gorretilla. Cayósele luego al punto junto á casa de Llocinda, y ella que la vió caer á su casa la retira, sin duda para limpiarla, que la muchacha es muy limpia, y el otro día cenando en su casa, que por dicha me convidó, por mi suerte la hallé dentro una morcilla.

EUROSIA. ¡Y que esa limpieza alabes!

BODOQUE. ¡Es para mi cosa rical!

EUROSIA. Ya te he dicho muchas veces no te ausentes de mi vista sin mi licencia.

BODOQUE. Está bien.

EUROSIA. Sepa vuesa señoría, tío y señor, que mi anhelo es conservar, si por dicha pudiese, en este criado la cristiana disciplina, pues de sus primeros años, antes que mi madre en cinta de mí estuviese, y aun antes que de la idea divina donde todos los posibles tienen su ser, á la dicha de ser actual persona, con inspiración de vida la omnipotencia de Dios me trasladase propicia, en servicio de mis padres estaba ya muchos días sirviendo de bullicioso, y no quisiera, advertida de su inocencia, malogre de ser cristiano la dicha. Con este celo, señor, de la virtud noble guía, á las razones de estado he faltado inadvertida; perdón os pido, señor, y si vos mandáis que os sirva, en cuanto os fuera de agrado os serviré de rodillas.

ARCISCL. Alzad, ilustre señora, querida y noble sobrina, que en princesas como vos tanta humildad no se estila.

EUROSIA. De cualquier modo, señor, á vuestra planta es debida esta acción. (Ap.) ¡Ay, Jesús mío! ¿Qué será esto á que aspira mi tío?

ARCISCL. Escucha, señora, que, pues la ocasión obliga, sobre cosas de importancia

quiero hablaros este día, si me diéredes licencia.

EUROSIA. Vuestra voluntad es mía.

ARCISCL. Pongo toda mi embajada en palabras muy sucintas.

EUROSIA. ¡Ah, Bodoque!

BODOQUE. Ya te entiendo; por Bodoque: rastra sillas. (Siéntanse.)

ARCISCL. Bien sabes, Princesa ilustre, aquel estrago tremendo de la destrucción de España el año de setecientos y diez y seis, según dicen los coronistas del tiempo, y que parcial causa fué de tan lastimosos hechos el rey inicuo Ubitiza porque introdujo en el reino tantas enormes costumbres contra Dios y contra el cielo que, por ser tan manifiestas, referirlas es superfluo. Dió complemento á la causa, aunque no sé yo si es cierto, que aunque el mundo lo publica puede ser falso el concepto. El rey de España Rodrigo, de los godos el postrero, dicen que estupro á Florinda, ¡desdichado atrevimiento! hija del conde Julián, y sentido el caballero de tan deshonesta acción, pasó en Africa, con celo de levantar escuadrones de bárbaros sarracenos para destruir á España y dar al rey el más cierto pago de su vil acción; y prosiguiendo su intento puso por ejecución su bárbaro pensamiento. En España perseveran, ¡extraño rigor del cielo! de aquel pérfido Mahoma las leyes y los decretos. Sólo se excepta Aragón, que de sus montes soberbios hacen fortines que espantan los mauritanos intentos, defendiendo valerosos la ley del manso Cordero que, sacrificado en aras de aquel sagrado madero, sacó á los hombres que estaban en el común cautiverio. García Iñiguez, su rey, empuñó el sagrado cetro, y ya el segundo Adriano, Vicario de Dios supremo, le apadrina desde Roma como merece su afecto, cuya beatitud sagrada, con amor y santo celo, me quiso honrar con mandarme viniese á Bohemia luego

con una cierta embajada á vuestros padres; y creo que quiso honrar mi persona sólo por ser vuestro deudo. Comunicué á vuestros padres la voluntad del Supremo Pontífice, y me responden que será el mayor contento que puede darles el mundo si se lograre su intento. Importa, pues, noble Eurosia, que como tal os venero, perdone el sacro decoro, que sin ajar tu respeto he de arrojarme á deciros que para el sacro himeneo con Don Fortunio Garcés, varón justo y verdadero y Príncipe de Aragón os tiene escogida el cielo. Vuestros padres lo desean, y yo os suplico, rindiendo mi persona á vuestras plantas, no se malogre mi afecto, así vea á vuestra alteza con las dichas que deseo.

EUROSIA. ¡Ay de mí! ¿Qué turbación es la que tiene mi pecho? ¡Si acertaré á responder! Deme su favor el cielo. Tío y señor, mucho estimo vuestra voluntad y afecto. (Cielos: ¿he de resistirme?)

ANGEL. (Dentro.) El fin es bueno y honesto.

EUROSIA. Una voz oigo que dice: «el fin es bueno y honesto.» Si es el ángel de mi guarda, que así lo juzgo y lo creo, bien podré yo dar el sí sin que Dios se ofenda de ello, que si le ofrecí gustosa mi virginidad al cielo, no ha de permitir me falte valor para el complemento. Pues digo, señor, que admito lo que me tenéis propuesto, y me pena haber tardado á resolverme, pues tengo por cierta mi dicha, estando vuestra persona por medio.

ARCISCL. Sois muy prudente, sobrina.

EUROSIA. ¿Qué te parece, Cornelio?

CORNEL. Yo estoy, hermana, que adoro tan bien acertado intento. Tomar estado es cordura, diferirlo no es acierto; vuestra edad apenas entra en los tres lustros y medio, y podrá ya coronarse del puro y sacro himeneo; yo os ofrezco, hermana mía, si no me falta el aliento, acompañaros gustoso.

ARCISCL. Pues yo lo mismo prometo.

BODOQUE. ¿Y yo piensan que no iré, á darme entre burla y juego, cuatro ó cinco buenos días?

EUROSIA. Con tales socios bien puedo ir. ¡Hermoso Sol divino, acompañad mis deseos!

BODOQUE. Estos deben ser los sucios, porque según de mí pienso, soy un hombre muy pulido, y crean que si me afeitó no hay muchacho como yo para andar en casamientos.

CORNEL. De dicha tan singular parabienes me prevengo.

ARCISCL. Bien podéis creer, sobrina, que estoy loco de contento.

EUROSIA. A mi cuarto me retiro á dar á Dios lo que debo.

CORNEL. Hermana, el cielo os asista y os haga ilustre dueño de la corona de España.

ARCISCL. Sobrina, ayúdeos el cielo.

EUROSIA. Adiós, tío; adiós, hermano. (Vase.)

ESCENA V

DICHOS, MENOS EUROSIA.

BODOQUE. Ojalá que empuñe el cetro, aunque me cueste de casa lo que Dios quiera por ello.

CORNEL. Y yo, por dar á mis padres noticias de este suceso, voy al punto.

ARCISCL. Yo también soy nuncio de su contento. (Vanse.)

BODOQUE. El Obispo se hace Nuncio; ¿cómo puede ser? Mas cierto que debe andar á la parte de la ganancia, y por eso en lo público es Obispo, pero Nuncio en lo secreto; para ganar las albricias corrió por llegar primero. (Vase.)

ESCENA VI

Salen el CONDE DE AZNAR y MOSQUETE envainando las espadas.

CONDE. Mejor van descalabrados de lo que yo presumí.

MOSQ. Escondámonos aquí por si vienen más soldados de estos morazos. ¡Qué fiero iba aquel calzaparrillas!

CONDE. ¡Ay, pobres de mis costillas!

MOSQ. ¿Adónde vas, majadero?

CONDE. A esconderme aquí.

CONDE. Pues ¿cómo?

MOSQ. ¿Qué temes, si estás conmigo?

CONDE. Temo siempre que te siga porrazos de tomo á lomo. Apenas los dos herejes seguiste, cuando vinieron seis ó siete, que me dieran, sin que de mi honor te quejes, mil cuchilladas aquí.

CONDE. Pues ¿por eso has de esconderte? Villano, has de ser muy fuerte ó jamás irás con mí.

¡Ay, Leonor, extraño caso! Cuando Marte más me busca el niño dios más me ofusca. ¡Que me quemó, que me abrasó! Hermosísima Leonor: ¡qué veloz mi amor se fragua!

MOSQ. Pues arrójate en el agua si tienes mucho calor.

CONDE. ¡Ay, Mosquete, cómo ignoras del niño ciego los tiros! Son envenenados giros de Circe encantadoras. ¿Quién como yo desdichado tiene de qué se quejar?

MOSQ. La triaca puedes tomar por si estás envenenado.

CONDE. ¿No sabes que una mujer es de mi alma hermoso nicho? Pues si nunca me lo has dicho, ¿cómo lo puedo saber?

CONDE. Leonor, aquella ingrata, con su desdén me atropella; Leonor es la centella que con incendios me mata; Leonor es por quien vivo amante de sus rigores, y entre estos mis ardores muero de su amor cautivo.

MOSQ. ¡Jesús y qué disparates en tu grave pecho encierras! ¿Agora en tiempo de guerras con mujercillas combates? Dices que Leonor te mata, que ella tiene tu alma viva, ella dices te cautiva y te favorece grata; todas son contradicciones de una loca fantasía, y si das en la manía de tan necias presunciones, ¿qué diablo te ha de entender?

CONDE. Damas hay de mucha estima, mas como mi hermosa prima no tiene el mundo mujer.

MOSQ. No me espanto estés tan tierno por esa dama Leonor; mas presumo que su honor llevarás aún al infierno.

CONDE. Siempre á mi gusto te opones con muy toscas necedades.

MOSQ. Pues si va á decir verdades, soy tu amigo. ¿Qué dispones?

CONDE. Importa, Mosquete amigo, si quieres darme consuelo, que aqueste papel de un vuelo le lleves. ¿Estás conmigo?

MOSQ. Sí, señor.

CONDE. Pues mira, advierte que si al príncipe topares no le digas mis pesares, porque fuera darme muerte. Toma, vete. (Dale el papel.)

MOSQ. Ya tercero me voy haciendo á mi ver ¿Por qué?

CONDE. Nunca puedo ser ni segundo ni primero.

CONDE. Cuando el amor es honesto no es deshonra fomentarle.

MOSQ. Pues yo imagino obligarle honestamente, y con esto me llaman todos Mosquete, que es algo más que alcabuz; pero en mí, por esta cruz, que es lo mismo que alcahuete. (Vase.)

ESCENA VII

El CONDE solo.

Salen el sol por el cielo luminoso las nubes pardas de oro perfilando, y con su luz los montes matizando ilustra el campo su zafir hermoso. Veloz pasa su curso muy furioso y cuando la quietud solicitando halla otro mundo que voceando al sol le pide su esplendor hermoso, á la campaña salgo defendido de fuertes rayos de mi estoque ardiente á quien se rinde el bárbaro vencido. Y cuando de el descanso solamente busco un instante, torpe mi sentido me acomete el amor eternamente.

ESCENA VIII

Sale MOSQUETE corriendo.—Dicho.

MOSQ. Señor, el Rey viene aquí y el Príncipe, no sé á qué; á Leonor no la topé en su casa, y advertí lo que después te diré.

CONDE. No quisiera que me vieran ocioso en esta ocasión, que al verme así coligieran de mi semblante, ó tuvieran sospechas de mi pasión.

MOSQ. ¡Ay, que llegan!

CONDE. Ven conmigo; abrevia el paso, apresura.

MOSQ. En cualquiera conjetura como sea huir te sigo.

ESCENA IX

Alirse topan á LEONOR y LAURA que salen.—Dichos.

CONDE. ¡Ay cielos, y qué ventura!

LEONOR. ¿Adónde, Conde y señor?

CONDE. ¿Adónde vais tan de prisa?

CONDE. ¡Ay de mí, bella Leonor! Tocando al arma es forzoso dar alas á mi valor.

LEONOR. Siempre vais muy ocupado en negocios de la guerra.

CONDE. Con mucho ardor abrasado, los que hoy mi pecho encierra, me tienen puesto en cuidado.

MOSQ. Vamos luego sin tardar, porque llegan, ¡voto á Cristo!

CONDE. Sin ti me voy á penar.

ESCENA X

Salen el REY y el PRÍNCIPE.—Dichos.

LEONOR. Ya no os podéis apartar, porque entiendo que os han visto.

REY. La fortuna se mejora, pues en este mismo día la victoria da alegría y otra nueva me atesora el bien que más convenía. Pero ¿no es aqueste el Conde?

CONDE. A vuestros pies, gran señor, postro mi alma y mi valor.

REY. A mis brazos corresponde vuestra lealtad. ¿Leonor?

LEONOR. Señor, postro agradecida mi humildad á vuestras plantas.

REY. Levanta.

PRÍNCIPE. Prima querida: belleza tan recogida, ¿cómo sale á luces tantas?

LEONOR. Acaso, señor, salí á divertir un cuidado con esta criada, y vi, sin saber que estaba aquí, al Conde con su criado.

REY. Y Mosquete, ¿también fué á la campaña?

MOSQ. Acomete como un rayo, porque sé que no vale mi amo un ce sino va con él Mosquete.

REY. Las gracias, Conde, os doy de la victoria pasada.

CONDE. Vuestro leal vasallo soy.

PRÍNCIPE. Muy asegurado estoy del valor de vuestra espada. No sin causa el mundo todo de la guerra os llama rayo, pues con valeroso modo sois venganza del rey godo, del sarraceno desmayo.

CONDE. A vuestro lado, señor, cualquier soldado es valiente.

PRÍNCIPE. Con solo vuestro valor ha de extinguirse el furor de aquel bárbaro insolente.

MOSQ. Tomad, Leonor, esta carta que un caballero os envía; perdonadme la osadía, que el oficio me descarta de cualquiera cortesía.

LEONOR. Sin saber de quién, la tomo; mas el corazón advierte cuyo es el papel, de suerte que adivina; no sé cómo mis disimulos acierte.

PRÍNCIPE. ¿Cuyo es el papel?

MOSQ. ¿Señor?

PRÍNCIPE. A mi prima, ¿quién le escribe?

MOSQ. Otro primo que aquí vive, que es pariente de Leonor, y sus despachos recibe.

PRÍNCIPE. ¿Quién con tanto atrevimiento, sabiendo que yo la adoro, se arroja á tener intento de escribirla?

MOSQ. ¿Hay tal cuento?
Ayer lo supe de coro
y hoy á vistas no lo sé.
Yo pienso que lo escribí,
y turbado me engañé,
que el papel de Laura fué,
aunque á Leonor le di.

CONDE. ¿Hay desatención igual?
¿Hay simple como Mosquete?
Aparta, bruto, animal.

MOSQ. Eso tiene el alcahuete
que sirve tan puntual.

PRÍNCIPE. ¿No es éste vuestro criado?
¿cómo es tan inadvertido?

REY. ¿Qué es aquesto?

CONDE. Cielo airado,
¿en qué os tengo yo ofendido?
LEONOR. Mal Mosquete lo ha entendido.

PRÍNCIPE. Del semblante conocí,
prima, del papel el dueño.

LEONOR. Señor, nunca presumí...

PRÍNCIPE. No es tiempo de dar aquí
satisfacción del empeño.

REY. Retiraos á esotra parte,
que á solas tengo que hablar
con Fortunio.

MOSQ. ¡Lindo azar!
Vamos, Laura, que contarte
quiero lo que has de estimar.

*(A una parte el Rey y Fortunio, á otra
el Conde y Leonor y á otra Mosquete y
Laura.)*

REY. Fortunio, el retrato es éste:
contempla la hermosa cara
de Princesa tan ilustre
y de Reina tan cristiana
para que cases con ella,
que es la dicha más extraña.
El Príncipe de la Iglesia
con santo celo te llama
dichoso esposo de Eurosia,
de cuya virtud la fama
por todo el orbe extendida
sus perfecciones esmalta.

PRÍNCIPE. ¿Qué es esto, cielos divinos?
¿Qué pintura tan bizarral
¿Puede haber más perfección?
Ninguna pienso la iguala
en cuanto calienta Febo
ni en cuanto Neptuno baña.

CONDE. Y en tanta ausencia, mi bien,
¿puede haber alguna falta?

LEONOR. Soy bronce en esta materia,
soy noble y tan obligada
á cumplir lo que prometo,
que antes quedaré sin alma
que sin tus memorias viva.

REY. Es su pintura extremada.

PRÍNCIPE. ¿Qué humildad tan excelentel

CONDE. Logro de mis esperanzas
serás, mi bien; mas es cierto
me voy con tristeza tanta
que aunque dentro el corazón
te llevo, joyel del alma,
temo, ¡ay de mí! perderte.

LEONOR. ¡Y qué poca confianza
haces de mi noble pechol

CONDE. Fío mucho en tu constancia,
pero no en amor, que es niño.

LEONOR. Tus intenciones son claras;
ya estás entendido, Conde.
¿Quieres que contigo vaya
hecha enternecida Venus,
disfrazada en fuerte Palas
aunque muera? Desde aquí
no tengo de estar en Jaca,
contigo tengo de ir siempre,
siempre he de seguir tus plantas,
soldado he de ser valiente
en la más cruel campaña
que el más tirano enemigo
ordenase, y con mi lanza
he de hacer tales estragos
y he de ser tan arrojada,
que pueda perder la vida
para que puedas contarla
entre las que se perdieron.

CONDE. Tente, tente, que me matas;
perdona, hermosa Leonor,
de tus enojos la causa.

MOSQ. Pues hable claro, señora.
Diga usted, señora Laura:
¿ha tenido nunca amor?

LAURA. Nunca estuve de eso falta
después acá que te vi.

MOSQ. No estás mucho enamorada
cuando no me das un beso.

LAURA. Vaya en mucho enhoramala,
que es un pícaro.

MOSQ. No tal;
¿por pedírtelo me tratas
de esta suerte? Pues ya sé
que tienes alguna falta.

LAURA. ¿Yo falta? Mientes, villano,
que de todo estoy sobrada.

MOSQ. Por lo menos, sí de lengua;
mas de juicio, ¡calabazal!

PRÍNCIPE. Al original me apelo,
pintura hermosa del alma,
que me provoca el pincel
á ser amante idolatra.

REY. Dichoso serás, Fortunio,
si con tu mano se enlaza
la de esta Princesa ilustre,
y es muy evidente y clara
tanta dicha, porque el cielo
es quien aboga esta causa.

CONDE. Sé que el Príncipe te adora
y su mano soberana
se llevará la que el cielo
crió para mi desgracia.

LEONOR. No llevará, que primero
ha de ser mi pecho aljaba
ó túmulo de una flecha
para que me quite el alma;
y si no estuviera aquí
el Rey, mi señor, miraras
en mi mismo corazón
la verdad, y si faltara
instrumento para abrirme
el pecho, con esta espada,
¡vive el cielo!

CONDE. No te inquietes,
que el Príncipe tus palabras

atiende, aunque divertido
en lo que su padre le habla,
y el Rey llegará á entender
de tu semblante la causa
de tu justa alteración,
porque, convertida en nácar,
haces tu mejilla rosa
lo que fué azucena blanca.

MOSQ. Pues toma aqueste pellizco,
porque no me digas, maña,
que jamás te he dado cosa.

LAURA. ¡Ay, Jesús, que me maltratas!
No te trato sino bien.

LAURA. ¡Los diablos lleven tu alma,
que el corazón me has sacadol

MOSQ. Ya estás descorazonada.

LAURA. ¡Picaro, necio, insensato,
avestruz: aparta, aparta,
que si no fuera tener
en mi presencia á mi ama,
te diera treinta reveses!

MOSQ. Yo á ti treinta bofetadas.

LAURA. ¿El á mí?

MOSQ. Y ¿por qué no?
A ella y á todas cuantas
me enfadaren, ¡voto á Dios!
y aun aquí si más me enfada,
le daré á la muy puerca
más de veinte mil patadas.

LAURA. Quien á patadas defiende
con una mujer su causa
no es digno que siendo bestia
lleve ceñida una espada.

(Quitale la espada y dale.)

¡Toma, pícaro, bufón!

MOSQ. ¡Aquí, señor, que me mata!

PRÍNCIPE. ¿Qué es aquesto?

CONDE. ¡Vive Dios!

¿Mosquete?

LEONOR. ¿Qué es esto, Laura?

LAURA. Señora: aqueste criado...

MOSQ. Señor: aquesta criada...

LAURA. Que es más negro que avestruz.

MOSQ. Que es más bestia que una parda.

PRÍNCIPE. Cesen estas competencias.

¿Quién, desatento, profana
el sagrado de mi padre?

MOSQ. Este dimoño de Laura.

LAURA. Ese pícaro embustero.

LEONOR. Laura: vuélvele esa espada.

CONDE. Toma esa espada, Mosquete.

MOSQ. Venga.

LAURA. Tome; mas es harta
desdicha que lleve estoque
quien puede llevar albarda.

MOSQ. Alguna vez nos veremos
los dos solos, zarpa á zarpa.

PRÍNCIPE. Siempre, Mosquete, has de ser
quien busca todas las causas
de inquietud, y muchas veces
se vuelven veras tus chanzas.

LEONOR. La necedad de Mosquete
y desatención de Laura
piden perdón, pues se debe
de posesión esa gracia.

PRÍNCIPE. Por vos, hermosa Leonor,
¿qué mármoles no se ablandan?

REY. Valeroso Conde amigo:
sobrina Leonor amada:
dadme alegres norabuenas;
mientras que gozaba el alma
se está previniendo alegre
á la dicha más extraña.
Esta es célebre sin duda,
pues hoy mi Fortunio ensalza
sus estados y persona
á divinidades altas.

La princesa de Bohemia,
en hermosura y en gala
luciente sol que en grandeza
al del Olimpo aventaja,
ha de casarse con él,
que así lo dispone y manda
el Pontífice, y presumo
que será esta dicha tanta
que sólo con este medio
ha de quedar ensalzada
la fe de Cristo, á pesar
de la bárbara canalla;
porque la virtud de Orosia
merece ser colocada,
según la fama publica
y según el mundo aclama,
más allá de las estrellas,
siendo en la celeste estancia
blandón hermoso de luces
á cuyos rayos, turbadas,
se avergüencen las febeas
puestas en su misma patria.

PRÍNCIPE. Y si consigo esta dicha,
y si esta dicha alcanza
mi corazón, nadie dude
que ya la fortuna avara
es pródiga en este día,
pues la más hermosa dama
que en Bohemia resplandece,
por inspiraciones altas
ha de ser esposa mía.
Y si mira á luces claras
ese rutilante Febo
que desde la esfera cuarta
hace diáfanos los aires
con sus madejas doradas,
hecho de la hermosa Cintia
amante, sino idolatra,
la hermosura de esta Reina,
la virtud, donaire y gracia,
aunque celeste criatura,
no fuera mucho ostentara
envidia de la grandeza
cuanta hoy mi amor aguarda.
Conde: Leonor: sin duda
de vuestro cariño esmalta
en mi pecho la atención
debida á tanta esperanza.
No puedo negar que tuve
algún tiempo á la argentada
flecha de aquel niño dios
una sujeción extraña.
Y pues ya el tiempo permite
perdonen las nobles canas
de mi padre aqueste arrojito,
que yo declare la causa
de mis inquietos suspiros

y de mis continuas ansias,
y digo, que á Leonor, mi prima,
con atenciones tan castas
como en el sacro himeneo
se sacrifican, miraba,
por ser la que en sangre noble
á la mía más se iguala;
y no dejé de advertir
con desabridas palabras
desprecios de la grandeza
que con mi mano heredaba
afectos que sólo nacen
de virtud más soberana
que la corona y el cetro;
y tuvo sospecha el alma
que de otro nuevo amor
os llevó, prima, arrastrada
la inclinación amorosa
que á muchos hace idolatras.
El Conde, prima Leonor,
es quien ilustra y levanta
el árbol de la nobleza
que conservan las montañas;
nadie con mejores prendas
puede pretender la gracia
de vuestro sagrado afecto,
y advertir que mi esperanza,
que yerta algún tiempo estuvo,
quedará muy bien pagada
siendo el Conde quien consiga
la posesión; pues mi alma
aspira ya deseosa
á la unión más soberana
con sacrosanto himeneo
de la más noble bohemiana.

CONDE. Por tanto favor, señor,
goce vuestra Alteza larga
vida, y á pesar del mundo,
tanta bárbara canalla
postre su cerviz altiva
á vuestras cristianas plantas.

REY. El orgullo de los moros
temo, que de su arrogancia
puedo presumir no faltan
á daros nueva batalla.

PRÍNCIPE. De la divina piedad
tengo tanta confianza,
que ha de volver, si lo intenta,
con la cabeza quebrada.

CONDE. Si hasta aquí he sido Conde,
en adelante mi espada
ha de conquistar de Marte
la corona soberana.

REY. Ven, Fortunio; vamos, Conde.
Leonor, sobrina amada,
quedaos con Dios.

LEONOR. Norabuenas
me doy á mí misma tantas
de las dichas que previene
de aquella infinita estancia
la divina Omnipotencia
á vuestras ilustres casas.

MOSQ. No va malo esto, por Dios;
ello va de buena data;
yo rabio ya de contento
si es que el Príncipe se casa.

LAURA. Pues ¿qué interesas, Mosquete?

MOSQ. Oigan, que se quema Laura;
que me casaré contigo
si te enmiendas.

LAURA. ¡Noramala
para el pícaro bufón!

MOSQ. ¡Qué lindamente me trata!

LAURA. ¿En qué delitos me ha hallado?

MOSQ. A fe que si yo te hallara
la primera al escondite,
que pagaras la ganancia.

LAURA. ¿Qué dominio tiene en mí?

MOSQ. Mira, no te enojas, Laura,
que eso lo echaré por coste
y lo tomaré de gracia.

LAURA. No me trate de esa suerte
si conmigo quiere chanzas,
ni me aplique sus mentiras.

MOSQ. Ésas no te saben malas,
porque si digo verdad,
las verdades siempre amargan.

REY. Vamos, que deseo dar
estas nuevas á mi Urraca.

PRÍNCIPE. Adiós, divina Leonor.

LEONOR. Vuestra Alteza con Dios vaya.

CONDE. Adiós, dueño de mi vida.

LEONOR. Adiós, Conde de mi alma.

CONDE. Yo cumpliré mi promesa.

LEONOR. Yo cumpliré mi palabra.

CONDE. ¿Irás conmigo?

LEONOR. Sí iré.

CONDE. Mas ¿adónde?

LEONOR. A la campaña.

MOSQ. Adiós, Laura; ya me entiendes.

LAURA. Adiós digo, y eso basta.

(Vanse los caballeros por una puerta y las damas por otra.)

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen ATANAEL, capitán; TARIFE y MECOT, moros, de soldados, con espadas y rodelas.

ATANAEL.

¡Que tenga el montañés atrevimiento
en su favor para que glorioso
triunfe de mí con excesivo aliento!
¡Oh, pesía á mi fortuna, qué gozoso
ha de estar el cristiano, y qué contento
de quedar contra tantos victoriosos!
Pues con razón, al ver huir mi gente,
yo quedé amedrentado y él valiente.

TARIFE.

No hay espantar, señor, que se os huyeran
tantos soldados, que en las ventajas
no pudo asegurarse que ellos eran
en número más hombres, pues las cajas
que en el aire sonaban pospusieron
un número mayor, y si no atajas
por otro nuevo rumbo tanta ayuda,
temo que con encanto nos sacuda.

ATANAEL.

Viste aquel escuadrón que yo traía,
setenta y seis cornetas valerosos
y de la más lucida infantería
que siguieron escuadras belicosas,
y también de gentil caballería,
pues fué de las naciones más famosas,
seis regimientos cuando al fuerte lado
de Abén Lope me hallé acuartelado
y en las riberas de Aragón corriente
acometió el cristiano las trincheras?
Aquel Conde Aznar, el más valiente,
retiró batallones y banderas
hasta el agua, y de toda nuestra gente
poblaron degollados sus riberas
tantos soldados muertos, que los peces
bebieron sangre, y aun caliente á veces.

MECOT.

Que alfanjes en el aire parecían
sin que fuerza exterior los gobernase,
y tanto estrago en nuestra gente hacían,
que presumí ninguno se escapase.

TARIFE.

Algún hechizo creo que tenían
con que nuestro valor amedrentase.

ATANAEL.

¡Oh, villana canalla! la fortuna
ha de ser algún día de mi luna,
y desvaneceré el atrevimiento
de resistirse con dos mil soldados.

TARIFE.

Que tengas poca gente es lo que siento;
mas agora ya quedan castigados
quemando los casares con que al viento
dan las vidas y quedan abrasados
más de cien montañeses, que en manojos
de fuego son cenizas y despojos.

MECOT.

Páguennos los cristianos la matanza
que han hecho en nuestra gente.

VOCES. (Dicen dentro:)

¡Fuego! ¡Fuego!

ATANAEL.

Mejor es que la sangre la venganza.

VOCES. (Dicen dentro:)

¡Que se quema el casar, remedio luego!

TARIFE.

Aún piden favor con arrogancia.

MECOT.

Imposible es ya ningún sosiego.

ATANAEL.

Ya los villanos andan alterados;
así me vengaré por mis soldados.
Las armas prevenid, por si escaparen
algunos montañeses valerosos
que en las pavesas ígneas se encontraren,
porque de estos castigos tan penosos,
aunque aquí tan confusos nos toparen,
coléricos, sangrientos y furiosos
contra nosotros dieran, ya advertidos
que somos los que causan sus gemidos.

TARIFE.

A tu lado he de estar, que aunque viniese
García Iñiguez con tanta gente
cuantos vasallos su poder tuviese,
yo sólo venceré su ardor valiente.

MECOT.

Y aunque aquel mismo conde fuese
que en la campaña anduvo tan ardiente
y acá viniese tan desesperado,
no le temiera por seguir tu lado.

ATANAEL.

De vuestro gran valor dais gran testigo
y del marcial estruendo hacéis alardes.

MOSQUETE. (Dice dentro:)

Del cielo os venga, infames, el castigo;
luterianos, apóstatas, cobardes.

ESCENA II

Sale MOSQUETE, cubierto de ceniza.—DICHOS.

MOSQUETE.

Aunque me han de matar, las tropas sigo.
¡Jesús, San Lesmes y qué malas tardes
se me previenen! Hoy estos morazos
las costillas me harán á mi pedazos.

TARIFE. ¡Detente, traidor, alevé!

Dime: ¿quién eres villano?

MOSQ. ¡Ay de mí!

TARIFE. Habla, inhumano.

MOSQ. Soy el dimoño que os lleve.

ATAN. Matadle, pues que profana
ese cristiano insufrible
mi decoro, y es posible
no quede sangre cristiana.

MOSQ. ¡Muere, traidor!

MOSQ. ¿Yo, por qué?

¿qué culpa le tengo yo,
si mi amo los mató?
Yo no lo vi ni lo sé.

ATAN. Déjale, por ver si acaso
es oculta centinela;

pregúntale con cautela.

MOSQ. Éste será el primer paso,
sin duda, de mi pasión.

TARIFE. ¿Quién eres, dime, soldado?

MOSQ. Un hombre que paso á vado
por el río de Cedrón.

MOSQ. Di quién eres, majadero,
si no te mato al instante.

MOSQ. Téngase, no se adelante,
que entrar al huerto es primero.

TARIFE. Éste se burla de mí,
pues muera.

MOSQ. No me haga mal:
¿puede haber desdicha igual
que quiera empezar así?

ATAN. La vida puedes ganar
si la verdad confesares.

MOSQ. Que se queman los casares
te confieso sin tardar.

ATAN. ¿Han muerto algunos soldados
en las ardientes pavesas?

MOSQ. Más de veinte montañas,
y montañeses honrados
más de ciento; porque, heridos
de la campaña pasada,
les diste cura abreviada
con cauterios encendidos.

ATAN. Pues ¿cómo escapar pudiste
de aquel voraz elemento?

MOSQ. Tengo grande entendimiento
para prevenir un chiste.

UNOS. *(Dentro.)* ¡No se escapen por abajo,
ocupad esas florestas!

ATAN. ¿Qué voces serán aquéstas?

UNOS. *(Dentro.)* ¡Cuidado con el atajo!

ATAN. Estos, sin duda soldados
son del cristiano que vienen
á ver si vengarse pueden
por ellos y los quemados.

TARIFE. Valor nos infunde Marte
para resistirnos fuertes.

MECOT. Hoy he de hacer dos mil muertes,
si Alá está de mi parte.

ATAN. A prevenir nuestra gente
vamos al punto, que creo
será menester, pues veo,
si mi corazón no miente,
un valeroso escuadrón.

TARIFE. Tan buena ocasión no pierdo.

MOSQ. Lanzada de moro izquierdo
te atravesase el corazón.

MECOT. ¿Y este pícaro insensato
dejamos con vida aquí?

ATAN. Déjalo, que importa así.

MECOT. Pues démosle de barato. *(Dante.)*

MOSQ. ¡Ay mi cabeza rompida!
¡Que me matan, mi señor!

ATAN. ¿Quién te puede dar favor?

ESCENA III

Salen el PRÍNCIPE y el CONDE, con espadas desnudas.

CONDE. Yo, y te quitaré la vida.

PRÍNCIPE. ¡Oh traidora, vil canalla!
¿con fuego queréis vengaros?
Ea, Conde, que ya es tiempo,
vengamos estos agravios.

(Acométense á cuchilladas cristianos y moros.)

CONDE. Hoy seréis, cobardes moros,
de mi fuerte espada el blanco.

PRÍNCIPE. ¡Bravamente se resisten!

MOSQ. Pues ríndanse los borrachos
ó si no, los mato al punto.

ATAN. Valientes son los cristianos.

TARIFE. Ya me canso en resistirme.

MECOT. De resistirme me canso.

MOSQ. Con aquesta zambullida
si no se me huyen los mato.

ATAN. No falte el valor, amigos.

MOSQ. ¡Vive Dios que llevan jacos!

T. y MEC. No podemos resistirnos.

ATAN. Pues huyamos.

LOS DOS. Pues huyamos.
(Vanse.)

ESCENA IV

Dichos, menos los Moros.

MOSQ. Esto sí que va de veras:
¡por Dios! huyen como galgos;
¡qué sangrienta está mi espada!
Yo les haré con los diablos
que se acuerden de Mosquete
más de cuatrocientos años.

PRÍNCIPE. ¿Qué es aquesto, Conde amigo?
¿Ya nos han dejado el campo?

CONDE. ¿A quién faltará valor
animándose al sagrado
del lado de vuesa Alteza
para coronar con lauros
las repetidas victorias
de nuestros antepasados?

PRÍNCIPE. Con vuestra ayuda, á mi ver,
ni el más cobarde soldado
tiene que temer ruína
si le ampara vuestro lado.
De vuestro valor confío
que antes de tiempo muy largo
sujetaréis la cerviz
de este bárbaro tirano;
id á recoger la gente
que está esparcida en el campo,
y dad órdenes que importen
como sabéis; yo me parto
á dar la nueva á mi padre
del suceso ya pasado
y dar el treudo debido
á la quietud y al descanso.

CONDE. A vuestra Alteza dé el cielo
de vida tan largos años
como deseo, y al punto
cumpliré, con el cuidado
debido, en todo aquello
que me dejáis ordenado.

PRÍNCIPE. Así lo fio y lo creo.
Adiós. *(Vase.)*

ESCENA V

Dichos, menos el PRÍNCIPE.

CONDE. Adiós, luego parto.
Vamos, Mosquete. ¡Ay de mí
que Leonor, si no me engaño,
intrépida y arrojada
salió varonil al campo
por sólo satisfacerme
los recelosos agravios
que le ocasioné, celoso
del grande amor obligado
que le tengo, sin que otra
ocasión me hubiese dado,
que es su perfección divina,
y por abreviar el paso,
con el Príncipe salí
á la defensa, avisados
de los que en cenizas yacen
cadáveres sepultados
del fuego que el enemigo
aplicó, ¡rigor extraño!
á los casares y albergues

de los heridos soldados;
y pues no pude esperarla
ni ella seguir mis pasos,
vamos, que entre mis suspiros
la podrá topar mi llanto.

MOSQ. Y también Laura con ella
debió salir; vamos, vamos.
Mas oye, señor, advierte
que si á cazarlas andamos
por ser conejas, será
menester algún azado.

CONDE. ¿Por qué lo dices, Mosquete?
Porque esta noche he soñado
que un morisco cazador
les echó el hurón alzado,
y si esto es verdad, sin duda
que las dos han renegado.

CONDE. Deja chanzas, que yo estoy
de sus desdichas temblando.

ESCENA VI

*Salen LEONOR y LAURA de camino con espadas.—
Dichos.*

LEONOR. ¡Válgame el cielo y qué fin
á mis desdichas has dado!
¿Quién me trajo tanto mal?
Conde, causa de mis daños,
dime si ya estás contento.

CONDE. ¿Qué estoy oyendo y mirando?
¿Es esta alguna ilusión?
¿Estoy durmiendo ó velando?
¿Es Leonor la que se queja?

LEONOR. La misma.

CONDE. El alma me ha dado
sospechas que estás herida.
¿Eres Leonor?

LEONOR. Soy, ingrato,
una mujer desdichada,
á quien, por quererte tanto,
hoy han quitado la vida.

CONDE. ¿Qué dices? Estoy turbado.
¿Cómo quedo yo con vida?
Tenla, Mosquete, en los brazos
mientras voy tras el traidor.

LEONOR. ¡A buena ocasión!

CONDE. Pues ¿cuándo
con más razón? ¿Qué locura
con pecho desesperado
te llevó á morir, mi bien?
¿Cuál fué el bárbaro tirano
que quitó á la tierra el sol,
escureciendo los rayos
con que esos divinos ojos
le estuvieron alumbrando?
¡Oh quién te hubiera creído!
que el dejarte fué pensando
que no habías de atreverte
á salir conmigo al campo,
que si imaginara yo
que amor te obligara tanto,
antes perdiera mil vidas
que dejarte de mi lado,
antes sufriera mis celos,
con ser el mayor cuidado

que el cielo ha dado á los hombres
y mayor cuanto más sabios.
aquí se acabó mi vida
y aquí también se acabaron
mis esperanzas, que al fin
cayeron hechas pedazos;
he de perder el sentido
si no vengo tus agravios.

LEONOR. Espera, espera, mi bien,
no me dejes en el lazo
de mis mortales congojas;
mi vida se va acabando.

CONDE. Antes el vital aliento
me falte que, desdichado,
vea empañar esos soles,
llore mi desdicha en tanto.

MOSQ. Y tú, Laura, ¿estás herida?
¿Hate alguno maltratado
de los moros?

LAURA. También tengo
mi poquito de trabajo.

MOSQ. ¡Ay, desdichado de mí!
Pues ¿qué venías buscando?
¿por dónde tienes la herida?
dime, Laura.

LAURA. Por abajo.

MOSQ. Si tiene la herida cura
yo voy por un cirujano.

LAURA. No vayas, no.

MOSQ. Pues no voy,
que si te mueres acaso
estoy de pesares lleno;
mas ya se me va pasando.

LEONOR. ¿Conde?

CONDE. ¿Leonor, mi bien?

LEONOR. ¡Ay de mí!

CONDE. Yo voy volando
á buscar algún remedio,
que mi amor presume hallarlo,
para dar vida á los dos.

LEONOR. Detente, reporta el paso,
ya no es menester remedio,
que cuanto dije es engaño
para conocer tu amor.

CONDE. ¿Engaño?

LEONOR. ¿Qué estás dudando?
No estoy herida ni soy
tan necia, que me he guardado
de los peligros muy bien.

MOSQ. ¡Hay embuste más extraño!
CONDE. Temblando estoy, ¡vive Dios!

MOSQ. Pienso que han resucitado,
porque todas las mujeres
tienen astucia de gatos.
Pues yo me acuerdo haber visto
agora cuatro ó diez años,
con una herida de á geme
á una mujer de los diablos,
y no hacía caso de ella
aunque se iba desangrando.

LEONOR. Pues ¿pensabas tú que había
de ponerme á los flechazos
de un turco por tus celos
ni por mi amor? ¡Malos años!
Pero di, si me querías,
como agora lo has mostrado,
y si sabes que mi pecho

- es incontrastable mármol,
¿cómo permitiste, necio,
que contigo fuera al campo?
- CONDE. ¡Ay, Leonor, hermoso dueño!
Mi corazón abrasado
se sabe fraguar sospechas
de celosos agasajos.
Nunca hay celos sin amor.
LEONOR. Y si los hay, son villanos.
- CONDE. Mis celos nacen de amor
que es divino y soberano,
como lo publica el alma
con este amoroso abrazo.
- LEONOR. Quitá allá, que las mujeres
sufren desprecios amando,
y siendo amadas se vengán
de los pasados agravios.
No me quisiste en salud,
pues me dejaste en el campo
para blanco de los turcos,
y cuando me estoy quejando
de que me muero, me dices
requiebros enamorados.
¿Qué tenemos las mujeres
que muertas os agradamos?
¿Cuál hombre no llora entonces?
- MOSQ. Esto corre muy de llano,
que es más linda la mujer
que no vive más de un año.
CONDE. ¿Qué es esto, bella Leonor?
El aliento me has quitado
segunda vez con desprecios.
- LEONOR. Merecido es este pago
á quien me llora difunta
cuando viva me ha dejado
en peligros de perderme.
- MOSQ. Dice bien, y es caso extraño,
después de muchas pendencias,
ver un viudo muy barbado
llorar por una mujer,
y con los ojos muy bajos
decir: «¡Ay de mí, mezquino,
qué presto se me ha acabado
el consuelo de esta vida!
Hijos míos, ¡qué temprano
se os ha puesto el sol! ¡Ay Dios!»
Y sabido bien el caso,
era una mujer á quien
por horas mataba á palos.
- LAURA. Así hicieras tú, bribón,
si á mí me hubiera enterrado
la chusma morisca, ¡ay! creo
que aun no hicieras tanto
como llorar por saber
que quedaba agonizando.
- MOSQ. No llorara, Laura mía;
pero te dijera un salmo
con *Requies* y con *profundis*,
que te llevara volando
adonde los taberneros
van á pagar sus milagros.
- LAURA. Por vida mía que tienes
habilidades del diablo;
no fiara en ti, Mosquete,
ni en tus promesas un clavo.
¡Por vida de mis cabellos!
- MOSQ. No tienes por qué jurarlo,

- que no son esos cabellos
tuyos, Laura.
- LAURA. Si, son míos.
- MOSQ. No son tuyos, es engaño;
porque yo sé por muy cierto
que esos cabellos rizados
son de la mujer del baile
que murió hace cien años.
- LAURA. ¡Mal haya quien no te quita
las narices á bocados!
- CONDE. Vamos, Leonor hermosa,
nueva Palas, que al asalto
primero que diste al pecho
más varonil y esforzado
le venciste. Vamos luego,
que si en pláticas estamos,
el campo queda sin orden
y sin guía los soldados.
No hay de qué tengas temor.
- LEONOR. No le tengo ya á tu lado;
gocemos de los despojos
que dejaron en el campo;
tú de los que en él venciste
y yo de los que has dejado
cuando te das por vencido.
- CONDE. Ser vencido de tus manos
tengo por mayor victoria
que las que tuvo Alejandro.
- MOSQ. Vamos todos, que en pillar
no me ha de ganar el diablo. *(Vanse)*

ESCENA VII

*Salen EUROSIA, ARCISCLO, CORNELIO y BODOQUE,
de camino.*

- CORNEL. Aquí, hermana, en esta alfombra
de hierba y flores te asienta.
- EUROSIA. No pienso quedar contenta
hasta que la fresca sombra
de los montes aquitanos
me dé el contento y ventura,
gozando de su frescura
con los humildes cristianos.
- ARCISCL. El coche parad, Lorente,
en esas verdes florestas.
- EUROSIA. ¿Qué avecillas son aquestas
que cantan tan dulcemente?
- CORNEL. Aquel es el ruiseñor,
que, con música suave,
á su consorte le sabe
referir su tierno amor.
Aquella vid abrazada
en el álamo frondoso
pinta un bosquejo glorioso
de insensible enamorada.
Aquella copiosa fuente,
obligada de su amor,
se despeña con rigor
por ser su Narciso ausente.
- ARCISCL. Todo lo crió el Señor
en el eterno Paraíso
con tal perfección, que quiso
enseñarnos con primor.
Contempla aquella avecilla
que, en gorjeos concertados,
siendo vida de los prados,

compone dulce capilla.
Aquél arroyuelo amante
que se despeña furioso,
de tu vista muy glorioso,
te baila el agua delante.
Por darte entretenimiento
hacen todos maravillas,
fuentes, flores, avecillas,
sin tener entendimiento.

EUROSIA. ¡Ay de mí! ¿Cómo resiste
mi corazón tanto halago?

ARCISCL. En jamás me satisfago
si estás cansada ó estás triste.

CORNEL. En esta margen frondosa
de este bruñido arroyuelo,
que corre para ser hiello,
galán fino de la rosa,
te sienta.

EUROSIA. Nada divierte
mis penas; todo me cansa.
El agua que corre mansa
va murmurando mi muerte.
Aquél pájaro jilguero,
que gorjerillos levanta,
es algún cisne que canta
por mí, porque cisne muero.
¡Ay de mí!

ARCISCL. ¿Por qué suspira
vuesa Alteza?

EUROSIA. No lo sé.
Triste voy porque dejé
á mi hermana Draomira.

CORNEL. Pues Draomira, ¿no es, hermana,
aquella gentil aleva
la que á matarte se atreve?

EUROSIA. Sí; mas es por ser cristiana.

CORNEL. Luego, ¿deseas morir?

EUROSIA. Por la fe de Cristo, hermano,
perder la vida un cristiano
¿no es morir para vivir?

CORNEL. Claro está.

BODOQUE. Ella desea
ser ahorcada; pues á fe
que no la siga si sé
que por las horcas pasea.

EUROSIA. Dejadme, que no reposo.

ARCISCL. Pues, señora, ¿en este día
tienes tal melancolla
cuando te espera tu esposo?

EUROSIA. Aun por eso es mi dolor,
que temo que no me adora.

ARCISCL. ¿De qué lo sacas, señora?

EUROSIA. Solamente del temor
que le tengo; mas un rato
me quisiera ahí apartar,
que quiero comunicar
con su pintura ó retrato.

CORNEL. ¡Oh, gracias á Dios del cielo
que muestras algún cariño!

BODOQUE. Ya parece que el dios niño
la ha puesto en algún desvelo.

EUROSIA. Descansad un poco en tanto
que yo cumpla mi deseo.

CORNEL. Aún dudo lo que veo;
¡guíenos el cielo santol!

*(Apártase Eurosia y saca un retrato de
un Crucifijo y otro de la Virgen.)*

ARCISCL. De esta mujer me temí,
según tan triste venía,
que jamás se lograría
nuestro intento, y presumí
de su virtud que, con celo
de ser mártir, deseaba
quedar en Bohemia y daba
una rica joya al cielo.

CORNEL. Agora ya no hay dudar
que determina casarse.

BODOQUE. Eso no puede dudarse
de cuantas saben hablar.

CORNEL. Ya todo el mundo atesora
norabuena para mí.
Sentémonos por aquí
para ver cómo enamora.

*(Siéntanse y Eurosia se pone de rodi-
llas.)*

EUROSIA.

Dulce Señor, enamorado mío,
¿adónde vais con esa cruz pesada?
Volved el rostro á una alma lastimada
de que os pusiese tal su desvario.
De sangre y llanto entre los dos un río
formemos hoy; y si á la vuestra agrada,
partamos el dolor, y la jornada,
que de morir por Vos, en Vos confío.

¡Ay, divino Señor del alma mía!
no permitáis que otro nuevo esposo
me reconozca suya en este día;
bajad de vuestros cielos amoroso,
y si merece quien con vos porfia,
dadme estos brazos, soberano Esposo.

CORNEL. De rodillas está puesta:
gran fuerza [tiene] su amor.

ARCISCL. Idólatra es en rigor
en acciones como aquesta.

CORNEL. De su cristiandad no puedo
presumir error tan grave.

ARCISCL. Ni yo imagino que cabe
en su virtud tal denuedo.

BODOQUE. Mi señora, aunque parece
que tiernamente suspira
por su esposo, si se mira
siempre se queda en sus trece.

CORNEL. Llama, Bodoque, á mi hermana
que parece tarde.

ARCISCL. Espera;
quien habla de esa manera
será en cosa soberana.

EUROSIA.

Virgen, paloma cándida que al suelo
trajo la verde paz, arco divino,
pues en los tres colores á dar vino
fe del concierto entre la tierra y cielo,
dadme remedio, pues sabéis mi celo:
no case con Fortunio, que imagino
que más dichosa soy, si más me inclino
á conservarme pura en blanco velo.

No me dejéis, cristífera María,
favoreced mi intento puro y santo
hasta que llegue de mi muerte el día.

Mi pureza guardad, pues podéis tanto,
si mereciere la esperanza mía
que del sol que pisáis pase mi llanto.

*(Queda como arrobada con los retratos
en las manos.)*